

35 muertos: una intrahistoria de la modernidad en Colombia

35 muertos
Sergio Álvarez
Alfaguara, 2011
506 páginas

Hernando Sierra Castillo

Un cúmulo de historias que se entretajan y destejan en torno a un personaje anodino y dan forma a *35 muertos*, la tercera novela de Sergio Álvarez. Plagados de sexo, violencia, drogas y música popular, los argumentos no tienen nada de extraordinario para el colombiano común: se repiten día tras día en periódicos y noticieros, en series de televisión, en la narrativa contemporánea y en reportajes periodísticos; sórdidos argumentos de los que se ocupa la academia y la prensa del corazón, que atañen al ciudadano de a pie, al senador, al campesino o al sesudo intelectual. Historias que circulan entre vecinos, familiares y amigos: historias que han sido y son, en fin, las vidas de esos ciudadanos.

Sin embargo, *35 muertos* podría pensarse como una novela que es el revés de la reproducción de la realidad colombiana que hacen los medios de comunicación; la cara oculta de los productos culturales que consumimos los colombianos y a través de los cuales nos cuentan y creemos contarnos nuestra propia historia. La recurrencia al lugar común, a la manida fórmula de la narrativa literaria y audiovisual que impera en el país, no es más que el medio que utiliza Álvarez para expresar una colectividad, para dar forma a lo informado: la voz de los que no tienen voz. Antes sorda e inane, a lo largo y ancho del texto la voz de víctimas y victimarios se abre paso con fuerza y precisión, la voz de los que se confundían con el paisaje, las lenguas de los personajes que permanecían en reposo, inermes ante las fuerzas que libera la realidad, abandonados al vaivén frenético al que los someten las circunstancias de un país como Colombia. El gran mérito de esta novela es precisamente desentrañar esa reproducción homogenizante y simplificadora, diseccionar a través de una multiplicidad de voces y su expresión individual lo que se oculta detrás de los discursos cerrados del poder. El coro de voces que resuena en la novela humaniza, otorga texto a la comparsa delirante que suele figurar

en un segundo plano, silenciosa y acompañante de la gran farsa política, económica y cultural que representan día tras día los actores grandilocuentes de nuestra sociedad.

35 es apenas una cifra. Hay muchos más muertos en esta novela que da cuenta del violento proceso de modernización de Colombia. 35 son en realidad el número de años en los que se desarrolla la historia, enmarcados desde el nacimiento del protagonista hasta su exilio en Barcelona. Arranca en 1965 con la recreación de la legendaria muerte del bandolero conservador Efraín González. La historia cuenta que armado con un revolver, González (*Botones* en la novela), resistió durante nueve horas el cerco que le tendió en la Plaza de Los Mártires de Bogotá el ejército nacional. Fueron necesarios doscientos soldados, un tanque de guerra, varios cuerpos de artillería y la destrucción de varios edificios adyacentes para dar de baja al criminal que se refugiaba en una pequeña casa obrera del sur de la ciudad. La muerte de González representa para la historia del país el fin de una época, el ocaso de nuestro *lejano oeste*: las virtudes guerreras, el valor, la libertad de las pasiones naturales y el heroísmo resultaban valores nefandos para la incipiente sociedad industrial y sus ínfulas democráticas. La irónica placa conmemorativa que permaneció en los escombros de la entrada de la casa días después de la muerte del bandolero conservador junto a la imagen de una virgen y una cruz, simboliza y expresa el sentimiento popular frente al cambio: "Aquí combatió un oscuro criminal contra doscientos valerosos soldados colombianos"; en carbón, los peregrinos añadieron: "y casi se les vuela HPS" (Téllez, 1993, p. 48).

Si para la historia del siglo XX en Colombia este acto representa una ruptura, en la novela representa el inicio del ciclo que pretende describir. Es el acto germinativo que da vida al protagonista:

Botones cometió el último crimen nueve meses después de muerto; mientras vivió y anduvo suelto

por Colombia asesinó a 324 ingenuos que tuvieron la mala suerte o el atrevimiento de cruzarse con la rabia, las ambiciones o las armas que el bandolero siempre escondió bajo la ropa. Como todo buen asesino, Botones siguió matando mientras se pudría en el cementerio. No tuvo que gastar una bala más, ni apuñalar a otra víctima ni forzar las muñecas para ahorcar al condenado. Le bastó con mi humilde ayuda. Fui yo, güevón desde antes de nacer, quien rasgó las carnes de la parturienta y dio origen a la hemorragia que añadió otra muerte al listado de crímenes cometidos por este excabo del ejército (Álvarez, 2011, p. 13).

En la conjunción entre vida y muerte, en la suma de estas dos fuerzas que confluyen en la imagen de la mujer que las reúne, en la alegórica inseminación de *Botones* que da vida al protagonista y muerte a su madre, se cifra la interpretación plástica que se hace a través del arte de la historia de Colombia; la de la modernidad contrahecha que se engendró entre las guerras fratricidas de la primera mitad del siglo XX. Con *Violencia* (1962), Alejandro Obregón condensó sin dramatismos inútiles pero con una fuerza inusitada el contexto de la época de la que parte *35 muertos*. La figura de una mujer desnuda y mutilada que yace muerta se funde en grises sordos con el paisaje: las redondeces de la mujer (su seno y el vientre en cinta), es el propio paisaje: un territorio montañoso y sombrío, desolado: un territorio que ha ganado la muerte. La novela de Álvarez coincide con la imagen de la pintura de Obregón que prefigura el destino cíclico de una nación. A lo largo de las cerca de quinientas páginas que la conforman, la novela irá creando una polifonía de relatos que manan de esta fuente y los cuales se irán bifurcando, rencontrando y confundiendo hasta perderse en un mar de sangre. No en vano el protagonista—una suerte de fantasma sin profundidad psicológica y carente de motivaciones, el cual deambula por la vida llevando a cuestas esa maldición seminal—, adquiere complejidad solo al final de la novela. En un arrebató lírico (lejos ya del territorio físico de su desgracia), reconoce su fatalidad, su irrevocable sino, la imposibilidad de romper el círculo:

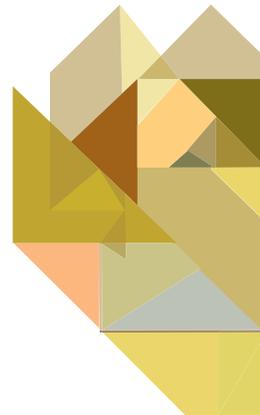
Botones, parcero mío, que fuiste al infierno
A camellar de asesor del diablo,
Protege a este humilde matón

Que apenas empieza en la profesión.
No soy un garoso ni pido que me ayudes
A matar por miles como tú mataste,
No pido la gloria ni la puntería
Ni tantas hembritas como tu violaste.
Sólo quiero una metra buena
Y unos cuantos chulos pa' ganar platica.
Y, por favor, amado Botones,
Si el pulso me falla y alguien queda vivo
Que jamás me encuentren, son muy vengativos.
Gracias, Botoncitos, que el diablo te cuide,
Pa' que Dios aprenda qué es ser buen padre;
Toma buen guarito y goza la muerte
Que aquí en la tierra seguimos jodidos.
Amén (Álvarez, 2011, p. 489).

Aparte de esta digresión lírica del protagonista y los versos de canciones populares que sirven a los personajes de la novela para contar sus historias (de hecho cada una de estas viene precedida por el verso de una canción a manera de título), las narraciones de cada uno de ellos se presentan en un estilo hiperrealista que se sostiene con un ritmo impecable durante todo el texto. Militantes de izquierda en los setenta sumidos en frustradas revoluciones sociales, guerrilleros homosexuales, jóvenes pandilleros en la Bogotá de los ochenta, jíbaros, ladrones, amas de casa infieles, reos, paramilitares, narcotraficantes y todo tipo de personajes de la clase media, dan forma con sus relatos a lo que Unamuno denominaría como *intrahistoria*: todo aquello que permanece en la sombra de los grandes acontecimientos de la modernidad en Colombia. Álvarez entendió muy bien que solo un género como la novela le ofrecía las posibilidades para desentrañar los acontecimientos que rondan la memoria y el imaginario de los colombianos; que el arte es un medio privilegiado para contar el país.

Referencias

- Álvarez, S. (2011). *35 muertos*. Bogotá: Alfaguara.
Téllez, P. C. (1993). *Efraín González: la dramática vida de un asesino... asesinado*. Bogotá: Editorial Planeta Colombia.



EVENTOS